

por lo menos en casos muy conocidos y esto le sirve para pintar la hostilidad del ambiente del pueblo donde sale un día el ilusionado peregrino, con ansias de conquistar un nombre, para retornar derrotado y encontrarse allí de nuevo, frente al egoísmo opresor del ambiente pueblerino que lo rechaza sordamente. Por fin logra perforar la dura costra del recelo y mostrar a los demás cuáles son los verdaderos anhelos de su espíritu. Alienta en él el alma de un soñador, de un idealista empedernido, que lucha vanamente por entender cuál es el impulso que lleva a la humanidad por tan errados caminos que sólo la precipitan a la destrucción y a la ruina.

Es el monólogo triste del hombre que se siente extranjero en la tierra. No acierta a comprender por qué los hombres trabajaron durante miles de años, con el fin de adquirir una cultura y un concepto elevado de lo que es la vida espiritual del hombre. Todo eso se reduce a una absurda quimera, cuando los países quedan convertidos en un montón de escombros, bajo el salvaje aluvión de la metralla, que destruye la belleza que la inteligencia humana pudo crear sobre la tierra. Aquello que ese ser de sensibilidad excepcional pudo constatar a su alrededor, en los hombres de su mismo pueblo, en donde los incultos, los traidores e incapaces eran los que se encimaban, por medio de la audacia, es lo que ocurre también en todos los rincones del ancho mundo. ¿Cómo entonces creer en la libertad, en la moral, en la honestidad y en las ventajas de la paz fecunda que hace la grandeza de los pueblos? Terribles preguntas que ese hombre se hace y a las cuales no puede encontrar respuesta.

<https://doi.org/10.29393/At232-154HSDI10154>

UN HOMBRE SIN SUERTE. (Orbe).

En este volumen de cuentos, Benedicto Chuaqui sigue contando lo que sus ojos vieron en las múltiples andanzas de su vida llena de trabajos y de situaciones inesperadas. Muchos de estos relatos, la mayoría, tiene por escenario a Chile, o hablan-

do con más claridad. a Santiago, que es la ciudad que el autor conoce mejor, desde que vive en su patria de adopción.

Trae este libro la novedad de que con él, se incorporan a nuestra literatura personajes que antes no habían sido tratados y que el autor conoce a fondo. A través de todo el libro, vemos la lucha que ha debido sostener el emigrante árabe en nuestro país, para llegar a ser considerado y tener una situación respetable dentro de la colectividad. Todos ellos, para ejercer su comercio necesitaron relacionarse con el pueblo, vivieron al lado de la clase obrera en los barrios populares, y de ese contacto de vida y de verdad, Chuaqui ha podido sacar escenas interesantes y de novedoso sabor, en que a ratos se mezcla lo picaresco con lo trágico.

Hay cuentos que son la historia dolorosa del emigrante arrinconado en el barrio, juntando día a día los pesos que caen lentamente en la cajita de los ahorros, que viene a ser como una alcancía de esperanzas. Porque en esa cajita se funden los sueños más hermosos. La vuelta a la tierra natal, la compra de una casa, de un terreno en donde pasar los últimos días sintiendo la amorosa acogida del solar nativo. Pero en el caso de Pedro Said, por ejemplo, cuyo apellido significa feliz, esto no ocurre. Una estúpida pendencia de borrachos trae la desgracia a su casa. Y la felicidad, los sueños de ventura se quedan sólo en la mente enferma de un loco que ya no puede encontrar otra tranquilidad que la de la muerte.

Hay también en el libro de este hombre de temperamento sencillo y fervoroso, un punto que toca en su cuento «Mi amigo Samuel». En esas líneas vamos viendo cómo el prejuicio racial hace la desgracia de un hombre lleno de cualidades y de condiciones para ser feliz. Hay otros cuentos, como ese en que describe a ese pintoresco don Salomón, en el cual se advierte el propósito de la gente obrera de «embrollarle» al turco, que sin embargo los saca de apuros en los momentos de mayor necesidad.

Y de toda esta lucha del emigrante árabe alejado de su medio, Chuaqui, hombre sensible y certero observador de la realidad, ha sabido sacar un buen partido. No le gusta complicar las cosas con largas consideraciones, sino que le agrada narrar directamente lo que sus ojos vieron y lo que en su corazón quedó de ese momento. En «Nazira la alucinada», en «Tammer el ingenuo», y en «Un truhán», despunta una malicia contenida que al fin desemboca en una alegre carcajada. Son cuentos estos, que tienen por ambiente a Siria, y se ve que en ellos la anécdota fué el punto básico para construir el relato. Esto no les quita a esos cuentos un sabor propio, que se desprende de sus personajes, cuya psicología, como en el caso de Nazira y de Widad, la esposa del ingenuo Tammer, da bien la idea de una raza pegada a las creencias e inclinada a confundir la realidad de la vida con lo sobrenatural.

Benedicto Chuaqui ha ido haciendo un camino seguro y tesonero que lo va situando en uno de los más destacados lugares a que hayan llegado hombres de su raza, dentro de las actividades del espíritu, en América. En esta América donde la tierra y el sol infunden un poderoso aliento de energía a todos los hombres que llegan dispuestos a vivir una existencia de anchos horizontes, en la cual hay posibilidades ilimitadas para los que traen la fe y la resolución de vencer.